

14

CUENTO SOBRE EL MARAGATO ZACARIAS FERNANDEZ
Y LA FIDELIDAD

Diecisiete años más tarde, el maragato Zacarías Fernández habría de recordar, como un frío ramalazo en su frente, el preciso instante en que tuvieron que meter a su buen padre Sancho por la boca rota y amarronada de un gran hoyo practicado apresuradamente en el pedregal de junto al río Orbigo, y cubrieron su cuerpo blanquecino y estrechado, oliendo a golpes de viento del Atlántico, con ramas de roble joven y guijarros, hasta que sembró que se lo habían tragado el mundo y el destino.

Contra la creencia general, su buen padre Sancho no dejó la vida expelido por la urgencia de ningún trabucazo traicionero salido de las emboscadas que ciertos bandoleros preparaban a los maragatos que, presumiblemente, transportaban objetos de valor, entre el Cantábrico y Madrid, para los orondosterratenientes de la región; porque él, a lo sumo, llevaba en su carreta cargamentos de estiércol, patatas o algún semental. Tampoco puede decirse que le ocurrió aquel percance biológico -- porque fueran ya muchos los años que sujetaban sus huesos, o por alguna enfermedad desconocida para la escasa ciencia, por el trabajo excesivo, o por alguna fuerte borrachera con el vino de su estimado botillo. No. Su buen padre Sancho murió, -- simple y dramáticamente, de hambre, y su hijo Zacarías Fernández siempre lo recordaría.

Hacia ya algunos meses que las cosas iban de mal en peor para aquella familia de leoneses de la Maragatería que permanecía aferrada a su tierra con toda la angustia del que sabe que quizás tendrá que dejarlo todo y buscar un nuevo horizonte que se encienda con el sol todas las mañanas y traiga un pan que echarse a la boca. Pero, en los últimos días, se recrudenció la situación. Se hablaba de que había guerra. Hasta donde alcanzaba la memoria de aquellos habitantes dispersos, la guerra había sido siempre una constante en su historia. No importaba ni dónde estaba ni cuándo cesaría. Lo esencial era que, aunque nadie había visto jamás sus vertiginosos ojos, la había. A la Maragatería nunca acababa de llegar, pero, invariablemente, le arribaba su inmediato residuo: el hambre.

Su buen padre Sancho inició un larguísimo ayuno, y, a pesar de las repetidas quejas de su mujer, Marta, abandonaba diariamente la destartalada casucha en la hora del yantar -- -tan sólo unas raquílicas patatas con pan duro- y se dirigía al establo; se sentaba frente a los dos bueyes de carga, a los que tanto quería, los miraba, y meneaba pensativamente su inmensa cabeza rapada.

En el día décimoquinto de su casi obligada renuncia a la restauración de sus agotadas energías, Marta entró en el establo, y rasgando el suave silencio que se respiraba en la estancia con su llanto, le sunsurrió:

--Habrás que matarlos. Necesitamos urgentemente su carne.

--No. Esperaremos. Las llamas de esta guerra pronto se apagarán y tendremos de nuevo la comida que ahora nos falta.

Su mujer lo miró largamente, hasta que su voz inundó por segunda vez todo el establo:

--Pues nos iremos. Debemos irnos, como ya lo han hecho muchos otros. Presiento en el alma que esta nueva guerra no será como las otras pasadas. Se cebará en alguno de nosotros si no nos vamos. Dejemos de una vez estas tierras que nos ahogan a penas y nos niegan hasta el sustento necesario.

Sancho pareció emerger de su alejamiento. Sus ojos adoptaron una actitud digna y serena, que contrastaba vivamente con el rostro crispado de Marta. Carraspeó, y, tras un breve silencio, dijo:

--No, no nos iremos. Si atravesamos los campos y nos aventuramos por caminos oscuros y desconocidos, y abjuramos de cuanto hemos sido, quizás no nos perdamos nosotros, pero habremos perdido para siempre nuestros orígenes, nuestra identidad. Esperaremos. Es un acto de fidelidad. Sólo eso.

Y, callando, volvió a sumirse en su ensimismamiento.

Zacarías Fernández, que había escuchado detenidamente toda la conversación desde detrás de la puerta, se alejó apresuradamente con la cabeza repleta de ideas confusas y contradictorias, mientras un sentimiento agruesado de orgullo y melancolía cabalgaba lentamente por su corazón de niño. Por encima de todo, le absorbió el repentino presagio de que algo iba a ocurrir en la Maragatería en breve plazo, y convino consigo mismo que también él esperaría.

Su buen padre Sancho tuvo a bien abandonar para siempre a su familia, a la guerra desconocida, y al mundo, en la tarde del décimosexto día de su ritual cita en el establo. Le cerraron los ojos, lo metieron en el hoyo amarronado y, abrazado a los guijarros del Órbigo, le dieron sepultura. Sólo oficiaron de testigos la tarde desmayada, el silencio y el cielo.

Catorce días después, según se dijo, acabó aquella guerra.

Zacarías Fernández, con el tiempo, que no con demasiada comida, fortaleció sus raíces en aquellas tierras desoladas, creció y se hizo adulto. Comenzó a verlo todo con ojos diferentes, como si las cosas que hasta hacía poco le habían rodeado hubieran cobrado una nueva dimensión. Sentía que dentro de su alma había un Órbigo revuelto, donde morían y nacían diariamente nuevas impresiones y sensaciones, pero que algo permanecía inmutable a toda aquella volubilidad interior: el recuerdo indeleble de las últimas palabras que escuchara de su padre: "fidelidad, fidelidad". Y siempre que le venía a la razón esta alargada palabra de arcano contenido semántico para él, pero de intuída relación con aquel pequeño mundo que resbalaba perezosamente ante sus ojos, una sensación extraña le invadía el pecho y le hacía guardar silencio, mientras acariciaba tiernamente aquella tierra y aquel cielo de plomo.

Con los bueyes comenzó en solitario la tarea propia de un maragato, transportando todo lo que le encargaban a las haciendas de los terratenientes -la guerra pasada no había matado a ninguno de ellos- y se complacía con su trabajo diario, surcando morosamente los caminos desdibujados entre la aspereza de los campos, mientras su madre, Marta, le esperaba todos los fríos anocheceres, envejeciendo serenamente, apretujada a los recuerdos.

Llegada la hora prudente de acoger mujer para compañera de vida, comenzó Zacarías Fernández a relacionarse con las jóvenes casaderas de la comarca. Tarea difícil para él, hombre introvertido y habituado casi exclusivamente a vivir en torno de un pequeño círculo formado por un limitadísimo número de personas, y a no conocer más que un centenar de palabras diferentes que tuvieran una aplicación práctica. Pero su fuerza emocional, la nobleza de su mirada, y sus ademanes sosegados, pronto se vieron recompensados con el sincero afecto de Lucía, una joven de tez acerada y cabellos ensortijados, hija del molinero de la zona, que no había emigrado tampoco con la guerra pasada, y que le sonreía con aire de complicidad siempre que iba a hacerle algún transporte a su callado padre.

Por fin, se reunieron los futuros suegros una noche, bebieron vino y acordaron que se celebraría el matrimonio "de visita", como era tradicional en aquella escondida parte de León. Y Zacarías bajó apresuradamente con los bueyes a la ciudad de Astorga, para comprarle a Lucía, como regalo de boda, un hermoso manto negro adornado con flores bordadas a mano.

Se casaron una luminosa tarde de sábado, y Lucía le regaló a su esposo un atractivo botillo de suave pellejo marrón, que ella misma había curtido y cosido en el mayor secreto, el cual mereció la aprobación general. Pasaron juntos unas horas de jolgorio, pero en seguida tuvieron que separarse porque Zacarías tenía que hacer un transporte a Ponferrada, y porque, como se convenía en el matrimonio "de visita", ambos cónyuges tendrían que vivir cada uno con sus respectivos padres, hasta la muerte de éstos, en que formarían su propio hogar.

El tiempo y la vida fueron haciendo su desfile mansamente en la Maragatería. Zacarías Fernández visitaba todos los días a su mujer y cada vez se sentía más fuertemente unido a ella y más feliz. Con el paso de los años fallecieron los padres de los dos, y decidieron instalarse en la casa que había levantado Sancho, con sus propias manos, antes de que la guerra y el hambre se lo llevaran. Lucía dio a luz una hermosa niña, a la que pusieron por nombre Marta, en recuerdo de su abuela paterna, que alegró aquel hogar perdido bajo el cielo plomizo.

Zacarías seguía trabajando en la arriería y ya se había ganado una buena reputación por su honradéz y servicialidad. Pero pronto volvieron a soplar malos augurios para los maragatos. Se había inaugurado recientemente un ferrocarril que enlazaba el Cántabro con Madrid, monopolizando así el transporte; con lo cual, los arrieros como él estaban abocados a la ruina y a la desaparición más inmediata. Los encargos

fueron mermando notablemente, hasta extinguirse por completo. El éxodo y el hambre volvían a soplar entremezclados con el viento del Atlántico, mordiendo una vez más a estos hijos de la fidelidad. Durante siete días Lucía no hizo más que instar a su marido para que emigrasen con toda rapidez hacia las costas gallegas del oeste, para poder tomar allí algún barco que les condujese, como a tantos españoles que huían del hambre, a las Américas. Zacarías callaba y cerraba los ojos, sumiéndose en largas reflexiones sobre aquella nueva guerra.

Al amanecer del noveno día de asedio por parte de las circunstancias y de Lucía, Zacarías Fernández se levantó antes que asomase el alba. Fue a ver los hoyos en los que descansaban sus padres y, tras permanecer más de una hora junto a ellos, hablándoles, regresó a grandes zancadas a la casa, y despertó a su mujer y a su hija.

--Nos vamos. --Les dijo.

Sin decirse una palabra, silenciosamente subieron todos sus enseres en el carromato, y llorando partieron los tres hacia las costas gallegas, atravesando la soledad del Bierzo.

Durante tres días y tres noches estuvieron ocupados en el largo y penoso viaje. Zacarías conducía los pesados bueyes haciendo caso omiso del verdoso paisaje que se iba abriendo ante ellos. Toda su mente estaba absorbida por una palabra que le golpeaba repetidamente: "fidelidad, fidelidad", y un sentimiento de culpa le embargaba tenazmente. Por fin, avanzada ya la tercera madrugada, se dieron de frente contra la inmensa mole oscura del Océano Atlántico, quedando los tres atemorizados ante los bramidos del oleaje brumoso que arremetía desesperadamente contra la costa, como si quisiera salirse y cogerlos. Preguntando a los pesfadores, pronto encontraron el camino hacia el puerto de Vigo, y una vez llegados comenzaron a hacer gestiones para vender los animales y embarcarse a las Américas.

Los había a cientos en su misma condición que esperaban con ansiedad la salida del próximo barco que cruzase el océano, mientras estallaban sus apagados ojos hacia donde presumiblemente estaría el nuevo continente. Zacarías Fernández, sin embargo, no hacía más que romper sus negras pupilas contra los prados del este, seguro de que en aquella dirección estarían el Bierzo y la Maragatería, sus padres muertos y la fidelidad ya casi perdida.

Estaba el océano por delante y el hambre por detrás; el cielo plomizo, observándolo todo impasiblemente, y la tierra uraña dándole calor a aquel hombre despedazado que lloraba doloridamente en la madrugada el adiós a sus orígenes y a su identidad, justo ese mismo día en que hacía diecisiete años que tuvo que enterrar a su buen padre Sancho, víctima de una fidelidad que él ahora parecía querer olvidar. Fue el tiempo de la negación. Aquello era otra guerra que le traía algo peor que el hambre o la muerte: el destierro.

Sobre el oscuro destino de Zacarías Fernández y su familia corren dos versiones diametralmente opuestas. Yo quiero escribiros aquí las dos y que cada uno, de acuerdo con su conciencia y con sus convicciones personales, asuma la que más conveniente estime:

La primera de ellas habla de que el maragato emigró por fin a un país de las Américas llamado la Argentina y que allí se dedicó al transporte de ganado por la Pampa, logrando una considerable fortuna. Aunque según cuentan unos gallegos que convivieron con él, acabó la historia de sus días sumido en la pena y la nostalgia, siempre recordando las queridas tierras que se vio forzado a abandonar.

La segunda versión, mucho más difundida, pero con menor rigor histórico, cuenta que, a punto ya de vender sus animales de tiro y embarcar a las Américas, Zacarías Fernández, en un arrebato de rebeldía contra el destino, olvidó todo propósito de destierro y regresó con su familia a la Maragatería, en donde, como su buen padre Simón, fallecería en la tarde de un décimosexto día de haber renunciado voluntariamente a las raquílicas patatas con pan duro en favor de su mujer y su hija, y lo metieron por la boca rota y amarronada de otro gran hoyo, junto al Órbigo. Enterrando con él a la guerra desconocida, al hambre y al furioso viento del Atlántico.